

El buque fué acercándose á la costa, y al estar próximo, vieron Bartolomé y sus compañeros con inmensa alegría que era una embarcacion portuguesa.

Pidieron auxilio, y media hora despues llegó á la orilla un bote con unos quantos marineros.

Era un buque mercante portugués, que habia visto á lo lejos al corsario y habia buscado allí un asilo.

Tomó á bordo á los prisioneros, se dió de nuevo á la vela, pudo evitar la vigilancia del corsario, y diez dias despues llegaron los infelices, que no esperaban más salvacion que la muerte, á las aguas del Tajo.

Bartolomé buscó á su hermano.

Llegaba tarde.

Cristóbal, desahuciado por el rey de Portugal, y habiendo experimentado la terrible pérdida de su esposa Felipa, despues de haber permanecido en la capital algun tiempo, habia partido con su hijo Diego con direccion á España, implorando la caridad pública.

Bartolomé estaba tambien en la mayor miseria.

En esto supo que iba á partir una pequeña escuadra al mando de Bartolomé Diaz, ilustre marino portugués, con el objeto de hacer descubrimientos, y se incorporó á ella.

Capítulo XI.

Donde se cuenta cómo asistió Bartolomé Colon al descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza

Bartolomé Diaz, obedeciendo al espíritu de la época, iba á buscar los medios de aumentar el tráfico entre la India y Portugal.

Impulsado por los vientos se dirigió hácia el extremo meridional del Africa, y al cabo de una porcion de dias de navegacion llegó á descubrir el vasto territorio, á que dió el nombre de Cabo de Buena Esperanza.

Este cabo está situado sobre una superficie de cerca de cinco mil doscientos veinticinco miriámetros cuadrados, y le rodean los paises de los namacuas, de los korannas, de los hotentotes y de los cafres.

El mar de las Indias baña al Sur sus orillas, y al Oeste el Atlántico.

Eran sus habitantes completamente salvajes.

Formaban tribus errantes y sin civilizacion de ningun género, y no se unian más que cuando tenían que defenderse de algun enemigo, ó cuando se apres- taban á visitar alguna comarca vecina para saquearla.

De horrible aspecto, de nariz aplastada, de pó- mulos salientes, de cabello corto y rizado, la expres- ion de rostro era siniestra, y en sus facciones se veia pintada la fiereza y el vicio.

Las mujeres eran aún más feroces que los hom- bres.

Unas y otros estaban dotados de una vista y de un oido muy finos.

Pero carecian de inteligencia.

Eran completamente fieras.

Como los falsos indios que habia descubierto Cris- tóbal Colon, usaban por armas flechas, vivian de la caza, y una de las cosas más notables que sorprendie- ron los portugueses en ellos, fué el modo que tenían de cazar los avestruces.

Por medio de contracciones lograban imitar la forma de este animal, y podian acercarse á él.

Al estar á corta distancia le tendian un lazo, le sujetaban, le mataban y comian su carne asada.

Su idioma, completamente desconocido para los europeos, se formaba de un gran número de dipton- gos, y consistia en una mezcla de entonaciones gutu- rales, nasales y palato-linguales.

Carecian de organizacion política.

Para librarse de la intemperie formaban chozas

de paja; y entre otros de los rasgos característicos de sus costumbres, puede citarse el de que cuando una mujer moria dejando un hijo tan pequeño que no podia proporcionarse la subsistencia por sí solo, al quemar el cadáver de la madre quemaban el de la pobre criatura.

A pesar del gran número de habitantes, aunque de distinta raza, que poblaban aquel territorio, Barto- lomé Diaz con los suyos tomó posesion de él en nom- bre del rey de Portugal, y le dió el nombre de Cabo de Buena Esperanza porque se prometió que al sa- ber su descubrimiento enviaria el rey numerosas em- barcaciones y tropas á dominar aquel país, llamado á favorecer á las embarcaciones portuguesas que co- merciaban con la China ó con el imperio del Gran Kan, como entonces se llamaba.

Volvieron despues de pasar algun tiempo en el Cabo de Buena Esperanza, los marinos portugueses, y con ellos Bartolomé Colon, ávido del aplausos y del premio que aguardaba hallar en Portugal.

Pero sus esperanzas quedaron defraudadas.

Aquel descubrimiento se consideró en la córte de Portugal como poco importante, y aunque más tarde otro portugués, Vasco de Gama, visitó el país con- quistado y atestiguó lo que valia, fué tal el abandono en que le dejaron, que pudieron establecerse en él, en el siglo XVII, algunos individuos de la compañía ho- landesa de las islas orientales, y más tarde los ingle- ses, en cuyo poder se encuentra hoy.

El mal éxito de aquella expedicion, la indiferen-

cia de los portugueses para con Bartolomé Diaz, irritó á Bartolomé Colon, y resolvió, suponiendo á su hermano animado de los mismos deseos, emprender de nuevo su malogrado viaje á Inglaterra, para dar cuenta á Enrique VII de los proyectos que abrigaba Cristóbal y pedirle su apoyo para realizarlos.

Con gran trabajo, y con no escasas privaciones, llegó á Lóndres dos meses despues de su arribo á Lisboa.

Por aquel tiempo los ingleses, esa nacion que más tarde debía imperar en los mares, estaba, por decirlo así, dentro de su concha.

Pero habia en ellos grandes deseos de abandonar las playas para buscar remotos países.

La noticia del éxito que habian alcanzado las empresas atrevidas de los portugueses, excitaba al soberano de Inglaterra y á los magnates de la corte para intentar empresas parecidas.

Los portugueses, ó los que habian estado á su servicio en calidad de marinos, gozaban de gran consideracion entre los hijos de la Gran-Bretaña.

Sin relaciones de ningun género llegó Bartolomé á palacio, y con el escaso inglés que habia aprendido, y pidió una audiencia al rey.

Apenas supo el soberano que llegaba de Portugal y que era marino, se apresuró á recibirle.

Al oír su nombre fué mayor la bondad con que le trató, porque por entonces Cristóbal Colon le habia enviado ya un pliego, confiándole sus proyectos y suplicándole su proteccion.

El rey habia contestado con una negativa; pero despues de haber tomado aquella determinacion, habia sentido mucho no entenderse con el marino genovés.

La llegada de su hermano podia subsanar aquella falta, y le colmó de las mayores atenciones.

Despues de obsequiarle en su mesa y de recibirle hasta con intimidación, habló con él de los viajes que habia hecho, y sobre todo del que habia emprendido con Bartolomé Diaz al Cabo de Buena Esperanza.

Refiere la historia que celebró un pacto con Bartolomé para que él y su hermano pudieran emprender el viaje que habian proyectado desde las costas de Inglaterra, con el fin de buscar el camino occidental de las Indias.

Como carecia Bartolomé de recursos, Enrique VII mandó á su tesorero que le facilitase fondos; y casi al mismo tiempo que Bartolomé, salió el emisario de quien ya se ha hablado á su tiempo, con el encargo (porque se supo lo mismo en Lisboa que en Lóndres el propósito de los Reyes Católicos) de catequizar á Colon y de unir su gloria á la gloria de Inglaterra.

Una enfermedad grave detuvo en Calais á Bartolomé, precisamente en los momentos en que volvía triunfante á España, despues de su primer viaje, el inmortal descubridor del Nuevo Mundo.

Ignorando el éxito que habia alcanzado, pero con ánimo resuelto de buscarle en España para comunicarle el pacto que habia hecho con el rey de Inglaterra.

terra, pasó á Francia, llegó á París, y el rey Carlos VIII, que ya sabia el triunfo que habia obtenido Cristóbal Colon, apenas supo su nombre y que era hermano del ilustre marino, le llamó á su palacio, le colmó de atenciones y le participó la triunfal vuelta de Colon á su patria adoptiva.

Ebrio de gozo Bartolomé quiso correr á España, para estrecharle en sus brazos y compartir con él el peligro y la gloria.

Con los recursos que le facilitó el rey de Francia se embarcó y llegó á Sevilla, precisamente cuando su hermano acababa de emprender el segundo viaje.

Allí le refirieron todos los pormenores de su estancia en España, y para cerciorarse más y más de que cuanto le decian era cierto, visitó á fray Juan Perez de Marchena en el convento de la Rábida y en Córdoba á fray Pedro Antunez.

Se dirigió á Madrid, donde á la sazón estaba el arzobispo de Toledo, que tanto habia protegido á su hermano; conversó con él, y deseoso de presentar sus respetos á los soberanos, llegó á Valladolid, en donde no tardó en realizar este vehemente deseo.

Apenas se supo su llegada, los mismos reyes manifestaron á Diego Colon deseos de que fuera su tío á visitarlos, y le dispensaron una benévola acogida.

Era Bartolomé en extremo simpático, de mayor estatura que su hermano, de atléticas formas, de rostro varonil y de mirada expresiva y generosa.

Los trabajos que habia pasado, las inclemencias

que habia sufrido, habian tostado su rostro y le habian dado un completo aspecto militar, que imponia, á la vez que agradaba.

Su actividad, la vehemencia con que se expresaba, el entusiasmo que le inspiraba el triunfo de su hermano, su resolucion, su valor, todas estas cualidades influyeron en el ánimo de los reyes.

Comprendiendo de cuánta utilidad seria para Cristóbal Colon tener un deudo cerca de sí, pensando que el refuerzo que á las órdenes de éste le enviasen serviria de gran consuelo al ilustre marino, dispusieron los reyes que se aprestasen tres carabelas con provisiones abundantes, dieron el mando de ellas á Bartolomé, y gracias á esto, cuando el almirante, despues de su viaje de exploracion hácia la costa de Cuba, volvió desengañado y con la muerte en el alma, pudo encontrar algun consuelo á su afliccion al ver cerca de sí á aquel hermano á quien tanto queria, y cuyas cualidades de carácter y de inteligencia podian servirle de mucho en la critica situacion en que estaba.